



FATALMENTE ME DEJO LLEVAR

Héctor Galmés

Un domingo cualquiera.

Fatalmente *me dejo llevar* por la imaginación, dado que no es posible controlarla, llevarla a ella por donde uno quiere. Le diría, por ejemplo: por ahí no, que nos caemos en el pozo. Y nos caemos en el pozo.

Puedo proponerme imaginar cómo sería mi vida en otras circunstancias o la vida de cualquier otro, pensar el argumento, dividirlo en escenas, modificarlo aquí o allá, etc.; pero el intentar escribirlo es otra cosa; cuando uno se distrae buscando y rebuscando las palabras, la imaginación se suelta y la idea original desaparece o debe acomodarse a la plétora de imágenes intrusas, a la presencia de esos personajes que no habías pensado y se cuelan por cualquier resquicio. Y el escritor pierde la mitad de su tiempo, si no más, en ordenar el caos de la imaginativa desbordada (sublevada).

El mecanismo de la creación no es analizable, por lo menos para quien está metido en eso. Si lo fuera, si uno pudiera desmontarlo pieza por pieza, no escribiría jamás, porque tendría todos los problemas resueltos. Y el hombre escribe cuando tiene problemas y no sabe exactamente en qué consisten. No conozco a nadie que escriba como pasatiempo, si lo hace solo podrá expresar tonterías (y eso ya es un problema, porque tarde o temprano lo angustiarán sus tonterías). No existe el “hobby” de escribir; además dudo que quien cree que escribe por placer (a veces se siente un gran placer) pueda afirmar que experimenta un placer duradero. Se escribe para aplacar a los fantasmas de la imaginación.

Hay imágenes dominantes e imágenes sumisas. Pero las “sumisas” son quizá las más inquietantes, porque con respecto a las otras uno ya está prevenido; acepta su dominio y espera que se aplaquen. Afortunadamente escribo en castellano, eso me consuela bastante. No deja de ser alentador que “imagen” pertenezca al género femenino, porque la relación del escritor con la imagen es erótica. Claro que esto no incumbe a la ciencia sino a la mitología del lenguaje, al fin de cuentas la mitología es lo que realmente importa. Un escritor aprende de otros escritores, jamás de un lingüista. Al escribir esto se me ocurre por primera vez lo que estoy diciendo acerca del género de la imagen. Es casi una excepción. No debe de haber muchas palabras españolas femeninas con terminación “gen” o “en”. *Imagen*, *Virgen* (bellezas de los caprichos del lenguaje). *Origen*, es masculino; y *margin*, que es ambiguo, se torna expresión poética con el artículo femenino. “Andarse uno por las márgenes”, según el diccionario de la Real Academia significa andarse por las ramas. Y en eso ando. Si tuviera que pensar en alemán, es un decir, viviría desorientado porque imagen (das Bild) es neutro, tan neutro como vida (das Leben) y más desorientado habría de morir porque *muerte* es masculino.

Llamo imagen dominante a la que se nos aparece en sueños o se parece a lo soñado. Una imagen dominante es para mí la del mar. En muchos de mis sueños veo el mar o tengo la sensación de hallarme cerca de él. Debo aclarar que los recuerdos más lejanos de mi infancia tienen que ver con eso. Recuerdos muy nítidos de la casa (entre Malvín y Buceo) en que viví cuando tenía tres y cuatro años.

Como se trata de explicar de alguna manera el tránsito

de lo soñado al discurso narrativo tengo que recurrir necesariamente a una experiencia reciente o no demasiado distante, dado que lo distante está sometido al permanente reciclaje de la imaginación. Hablaré a propósito de “El Maná”, escrito y publicado en este año. Un cuento que escribí *con ganas*. Hay cuentos que son el resultado de un largo proceso intelectual. “El Puente Romano”, uno de los que más han gustado, lo escribí media docena de veces, cambiando las circunstancias de lugar y de tiempo. Tuvo su origen en mis lecturas sobre Astronomía (asunto que me apasiona), particularmente en el tema del movimiento retrógrado aparente de algunos planetas. La clave para su localización definitiva me la dio la lectura de una carta de Acevedo Díaz a su mujer en 1897 en la que hace referencia al cruce del río Itapebí. Entonces ya tenía en mente “El Maná”, que debe de tener su origen en el mar que sueño. Un cuento onírico.

Cuando sueño con el mar siempre lo veo en calma, en días muy luminosos o en noches estrelladas de verano. Muchas veces recuerdo lo que sueño. Lo que más se destaca es la ola que muere en la playa y el blanco intenso de la espuma. No sé cómo surgió la imagen que dio origen al cuento. No estoy seguro de haberlo soñado. Puede ser una imagen de duermaveela, una imagen en cierto modo *dirigida*. La escena era en la Rambla. Había una mujer y un hombre abrazados. De pronto veían propagarse sobre las rocas unos mendrugos, como si la espuma se hubiera solidificado. Un viento suave los dispersaba, los levantaba y caían sobre la calzada. Allí se agrupaban, crecían y adoptaban formas extrañas. Eran figuras animadas. Esa imagen, la de los cuerpos de mendrugos pasó a ser la dominante y la evocaba a cada rato. Entonces aparecen las palabras que darán origen al cuento. Lo primero que se me ocurrió fue: “Son como migaja húmeda y mohosa”, y a partir de allí fui armando el cuento que comienza cuando la miga o maná ya lo ha cubierto todo. Modifiqué la imagen original una vez que logré adueñarme de ella; los mendrugos ya no venían del mar sino que caían del cielo y me encontré otra vez enredado en las alusiones bíblicas. Lo escribí con ganas porque me sentí como en la infancia cuando comía pan en cantidades impresionantes y todavía me llevaba un trozo respetable a la cama y lo guardaba bajo la almohada por si me despertaba. Aunque en ese caso no siempre lo comía, casi nunca lo comía, le daba algún mordisco, y lo humedecía con saliva para sentir mejor su olor, era el olor lo que me gustaba. ■

25 de octubre de 1981